© Kristian Rakovsky

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

LOS PELIGROS PROFESIONALES DEL PODER

Kristian Rakovsky

AUTOBIOGRAFÍA

Rakovsky redactó el siguiente texto en 1925, siendo embajador de la Unión Soviética en Francia, para la Enciclopedia Granat.

Nací el primero de agosto de 1873, en la ciudad búlgara de Kotel, que en la primera mitad del siglo XX era un centro político y económico importante. Mi familia pertenecía a la clase acomodada de la ciudad. Mi padre se dedicaba a la agricultura y el comercio. Por sus asuntos comerciales pasaba algunos meses cada año en Constantinopla. Pertenecía a un partido llamado "demócrata", tenía una gran curiosidad intelectual, había cursado el instituto y sabía griego. Sin embargo, no heredé de él nada de cuanto había de determinar mi evolución posterior. Del lado de mi madre la herencia era diferente. En efecto, su familia había tenido un papel importante en la historia política y cultural del pueblo búlgaro. Uno de sus miembros, el capitán Georgui Mamarchev, antiguo oficial del ejército ruso

de Diebitch-Zabalkanskii, organizó en 1834 la primera tentativa de revuelta contra el imperio turco. La rebelión fue aplastada y Mamarchev fue detenido y enviado primero al Asia Menor y luego a la isla de Samos, donde murió. Era primo hermano de la madre de un gran revolucionario, Sava Rakovsky, que ejerció una influencia considerable en la política búlgara entre 1840 y 1867.¹ En 1841, Sava Rakovsky organizó un destacamento en Rumania para invadir Bulgaria. Fue detenido y condenado a muerte, pero logró evadirse a Francia. Una amnistía le permitió volver a su ciudad natal, pero al poco tiempo fue encarcelado, con su hijo, en la prisión de Constantinopla. La venganza de sus enemigos políticos no perdonó a su familia, que quedó indefensa, excomulgada y aislada, hasta el punto de que cuando escaseaban los cerillos y era necesario pedir fuego a los vecinos, la familia tenía que pagar con el frío y el hambre los pecados políticos de su padre y de sus hermanos. Mi madre era niña en esa época y Sava Rakovsky llevaba ya mucho tiempo muerto cuando ella me trajo al mundo, pero sus recuerdos y los de mi abuela estaban aún bastante frescos como para dar pábulo a mi imaginación. Desde mi infancia sentí una simpatía viva y ardorosa por Rusia; no sólo porque la obra revolucionaria

1. El apellido paterno de nuestro autor era Stanchev, pero decidió usar el apellido materno Rakovsky, quizá para vincularse con su tradición política. Su nombre de pila fue Krastyo ("cruz" en búlgaro), pero en rumano y en ruso era Christian.

de mi abuelo y mi tío estaba ligada en gran parte a ese país, sino también porque fui testigo de la guerra ruso-turca.² Entonces tenía poco más de cinco años, pero en mis recuerdos de infancia guardo la imagen confusa de los soldados rusos que entonces cruzaron los Balcanes. Nuestra casa era una de las más bonitas de la ciudad, por lo que sirvió de alojamiento a los oficiales superiores. Allí vi al general Totleben, organizador del sitio de Plevna. Viví en compañía del príncipe Viázemsky, uno de los jefes de división de la milicia búlgara, que curó sus heridas en nuestra casa durante más de cuarenta días. Ciertos oficiales tenían relación con organizaciones clandestinas. Según la leyenda familiar, solían decir: “Nosotros los liberamos a ustedes, pero ¿quién nos liberará a nosotros?” La guerra perturbó la vida de nuestra familia; nuestra propiedad se encontraba en el interior de las fronteras rumanas y tuvimos que emigrar a la Dobruja rumana.

Cursé la escuela primaria en Kotel y luego en Dobruja, bajo la dirección de mi madre. El último año lo cursé en Varna, donde después pasé al instituto. En esa época, hasta los más jóvenes se interesaban en política. A mí me interesaban, entre otras cosas, las cuestiones sociales. En 1887 el fermento político del instituto, en el que se mezclaban restos de descontento hacia los profesores, se transformó en una verdade-

2. Se refiere a la Guerra ruso-turca de 1877-78, en la que la victoria rusa permitió la independencia de las naciones balcánicas, hasta entonces sometidas al Imperio Otomano.

ra rebelión, que fue reprimida por un regimiento de soldados. Yo estuve entre los detenidos, a los que se prohibió el ingreso a todas las escuelas búlgaras; pasé un año en la casa paterna de Mangaba sin trabajar, leyendo todo cuanto encontraba en la biblioteca de mi padre o que podía encontrar entre nuestras amistades. En 1888 se me autorizó a entrar en el instituto y fui a Gabrovo, ingresando en el 5º curso.

Ahí mis ideas políticas tomaron forma y me hice marxista. Mi maestro fue Dabev, uno de los veteranos del movimiento revolucionario búlgaro.³ Mi camarada Balabánov,⁴ que moriría después trágicamente en Ginebra, y yo, editamos un periódico clandestino multicopiado, *Zérkalo* [El espejo], donde había de todo: las ideas pedagógicas de Rousseau, la lucha de pobres y ricos, la mala conducta de los profesores, etc. Hicimos algo de propaganda entre los campesinos, difundiendo entre ellos ediciones clandestinas de Ginebra, traducidas al búlgaro. Estaba todavía en el cuarto año cuando me fui andando a Kotel, donde pronuncié en una iglesia un sermón sobre el cristianismo primitivo de Santiago, es decir, sobre el comunismo cristiano. Pero en general nuestra actividad no rebasaba los muros del instituto. Sólo estuve ahí dos años, pues, a fines del año siguiente, fui expulsado de nuevo de todas las escuelas búlgaras, esta vez definitivamente.

3. Se refiere a Evtim Dabev (1864 -1946).

4. Sava Cristianovich Balabánov.

En el otoño de 1890, salí para Ginebra, a fin de ingresar en la facultad de Medicina; había escogido esta profesión porque, a nuestro parecer, permitía entrar en contacto directo con el pueblo. No conocíamos entonces otra influencia que la individual, pues ignorábamos la acción de masas, y creíamos que el régimen del dictador búlgaro Stambolov duraría eternamente.⁵ Desde los primeros meses en Ginebra trabé contacto con emigrados políticos rusos y en particular con los miembros de los círculos socialdemócratas. Algún tiempo después conocí a Plejánov, a Vera Zasúlich y a Axelrod y durante largos años su influencia fue decisiva en mí. Pasé tres años en Ginebra, de 1890 a 1893. Aun mientras estudiaba y me examinaba, la medicina me dejaba indiferente. Mi interés estaba fuera del recinto de la universidad; quería militar con los estudiantes rusos. Rosa Luxemburg, que estuvo algún tiempo en Ginebra, dirigía con nosotros círculos de estudios marxistas.

Sin embargo, mi actividad no se limitaba al sector ruso. Con camaradas de Rusia y de otras partes, organicé los elementos de la juventud universitaria ginebrina. Nos ligamos con estudiantes socialistas de todos los países, y sobre todo de Bélgica, donde se celebró, durante el invierno de 1891 a 1892, el pri-

5. Se refiere al primer ministro y regente de Bulgaria Stefan Stambolov, que gobernaba tras haber dado un golpe de Estado en 1885. Su gobierno sólo terminó en 1895, cuando fue abatido por terroristas macedonios.

mer congreso internacional de estudiantes socialistas. Pese a mi correspondencia con sus organizadores, no conseguí tomar parte en él. En cambio, todo el trabajo preparatorio del segundo congreso, que se celebró en Ginebra en 1893, me fue confiado en la práctica. Para todas las cuestiones difíciles pedía consejo a Plejánov. Estaba en contacto, entre otros, con los movimientos obreros ginebrinos y franceses, así como con los círculos socialistas revolucionarios polacos y armenios; sin embargo, mi campo principal de actividades era el búlgaro. Traduje el libro de Deville, *La evolución del capital*,⁶ al que añadí una larga introducción donde analizaba las relaciones económicas en Bulgaria. Después publicamos en Ginebra un periódico búlgaro que, tanto por su título, como por su formato y su cubierta, era una imitación del periódico ruso en el extranjero *Sotsialdemokrat*. Esto se explica por el hecho de que Plejánov era su inspirador. Traduje una serie de artículos tomados de sus manuscritos. Cuando apareció en Bulgaria la primera revista marxista, *Den*, así como los primeros semanarios socialdemócratas, *Rabótnik* y *Drugar*, me convertí por supuesto en uno de sus colaboradores permanentes, sobre todo del último. A veces la mitad del número estaba formado con mis artículos, que firmaba con diferentes pseudónimos. En 1893, asistí al congreso socialista internacional de

6. Se refiere al autor francés Gabriel Deville, uno de los primeros divulgadores de la economía marxista en Francia. Aunque en esa época Deville era aún un marxista ortodoxo, pronto pasó al reformismo.

Zúrich, como delegado de Bulgaria. Ahí tuve la suerte de ver y escuchar a Engels. Había mantenido con él una correspondencia esporádica, cuando estaba yo en Ginebra. Envió una carta a nuestro *Sotsialdemokrat* búlgaro. Más tarde, cuando tuve que dirigirme a él, lo hice por mediación de Vera Zasúlich, por la cual sentía Engels un afecto profundo y respetuoso.

Cuando era todavía estudiante en Ginebra, fui a Bulgaria a dar una serie de conferencias contra el gobierno zarista. El fin de mi periodo ginebrino se señala por el fortalecimiento de mis opiniones marxistas y el aumento de mi odio por el zarismo ruso.

En el otoño de 1893 ingresé en la facultad de Medicina de Berlín, con el fin de acercarme al movimiento obrero alemán. Publiqué en *Vorwärts* artículos sobre asuntos balcánicos. Formé igualmente parte de las organizaciones alemanas clandestinas de los estudiantes socialistas y entré en relación con Wilhelm Liebknecht, en cuya casa conocí a otros dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán. Liebknecht ejerció sobre mí una gran influencia y mantendría correspondencia y contactos personales con él hasta 1900. Demostraba gran interés por los Balcanes y por los movimientos revolucionarios ruso, polaco y rumano. En Berlín mi vida política de estudiante se desarrolló enteramente en el seno de la colonia rusa. Era la época floreciente del "marxismo legal" ruso. En la colonia rusa había vivos debates sobre el populismo y el marxismo, sobre la escuela subjetivista y sobre el materia-

lismo dialéctico. También tuve ocasión de participar en discusiones más especializadas (por ejemplo, contra los sionistas).

Tras una estadía de seis meses en Berlín fui detenido y pocos días después expulsado. Pasé el semestre del verano de 1894 en la facultad de Medicina de Zúrich, donde, en aquella época, vivía P. B. Axelrod. El invierno de 1894 a 1895 lo pasé en Nancy. Conservaba las relaciones con el movimiento búlgaro, así como correspondencia personal con Plejánov y Vera Zasúlich, que vivían en Londres.

Los dos años siguientes estudié en la Universidad de Montpellier. Manteniendo siempre el contacto con Bulgaria y prosiguiendo mi actividad militante entre los estudiantes rusos y búlgaros, me acerqué asimismo al movimiento socialista francés y colaboré en la revista marxista *La Jeunesse Socialiste*, que aparecía en Toulouse bajo la dirección de Lagardelle, así como en un diario socialista, *La petite République*, cuando Jules Guesde tomó la dirección (1897). Las discusiones en los medios estudiantiles de Montpellier giraban en torno a las mismas cuestiones que en Berlín. Los sionistas, entre otros, tenían allí numerosos partidarios; mantuve una lucha encarnizada contra ellos. Formaba parte, además, de un círculo francés de estudiantes y hablaba en las reuniones obreras no públicas. Sin embargo, como la policía francesa ya me había identificado en Nancy, no pude llevar más lejos mis actividades. Entonces, cuando llegaba a término mi vida de estu-

diante, las rebeliones de Armenia y de Creta⁷ agitaron la escena política europea. Mediante una serie de artículos, me esforcé por atraer la atención del partido y del proletariado franceses sobre la utilidad de una intervención en favor de los armenios. Pensé que el desconocimiento y la incomprensión de las cuestiones orientales eran una de las fallas del movimiento socialista internacional. En nombre del Partido Socialdemócrata Búlgaro sometí uno de los artículos que había redactado sobre este tema, al Congreso Socialista Internacional de 1896, celebrado en Londres. Después lo publicó Kautsky en *Neue Zeit*.

En Montpellier me interesé por el movimiento obrero rumano. Aun cuando, por mi *status* territorial se me consideraba rumano, no fue sino más tarde cuando entré en contacto directo con mis camaradas de ese país. En el Congreso Socialista Internacional de Londres, me acerqué al Partido Socialista Polaco y escribí en sus publicaciones, dirigidas contra el zarismo ruso. Entre los otros partidos revolucionarios, me interesaba particularmente el de los armenios y mantuve vínculos personales con su secretario en Ginebra.

Terminé mis estudios de medicina con una tesis doctoral sobre las causas de la criminalidad y la degeneración, donde quise exponer un punto de vista marxista. Esta tesis causó sensación en los medios

7. Se refiere a las rebeliones contra el Imperio Otomano de 1896, que desembocaron en la guerra greco-turca del año siguiente. En ese conflicto, las potencias occidentales intervinieron a favor del Imperio Otomano.

universitarios y encontró eco en la prensa, así como más tarde en la literatura mundial especializada.

En 1896, al salir de la universidad, surge el problema: ¿qué hacer? Había trabajado esencialmente para el Partido Socialista Búlgaro, pero era ciudadano rumano. Por último, mi mayor deseo era ir a trabajar a Rusia, tanto más cuando me había casado con una rusa de Moscú, E. P. Riábova, amiga íntima de Plejánov y de Zasúlich y marxista revolucionaria.

En 1897 publiqué en Bulgaria un grueso libro titulado *Russia na itok* (Rusia en oriente) que durante años nutrió no sólo al Partido Socialista Búlgaro, sino a todas las corrientes que se decían rusóforas en Bulgaria y los Balcanes. Seguía las directrices de Plejánov: "Hay que aislar a la Rusia zarista en sus relaciones internacionales." Pero la prensa burguesa búlgara había reparado en mí desde mis primeros viajes por Bulgaria y, siendo rusófila, hacía campaña en mi contra desde que era estudiante.

Tras un paso por Bulgaria, donde di conferencias en varios centros urbanos sobre diversos temas, y de un examen de comprobación en Medicina, para tener el derecho de ejercer eventualmente en Bulgaria, decidí quedarme algún tiempo en Rumania como una etapa hacia Rusia. Había aprobado anteriormente mis exámenes de médico en Bucarest y además debía hacer mi servicio militar, que cumplí como médico.⁸

8. Rakovsky fue médico en el IX Regimiento de Caballería, acuartelado en Dobruja.

En febrero de 1899 obtuve un permiso de quince días y fui a San Petersburgo en busca de mi esposa. La literatura marxista legal rusa había ya logrado en esta época tener su propia revista, *Novoya Slovo* y después *Nachalo*.⁹ En la primera de esas revistas publiqué un artículo sobre los partidos políticos búlgaros, bajo el seudónimo *Radev*. Entonces había en Petersburgo una violenta disputa entre populistas y marxistas. Aproveché mi estancia para hablar sobre ese tema en la sede de la Sociedad Económica Libre. También pensé entrevistarme con Lenin, que se encontraba entonces en Pskov, pero no lo logré. Como no había ocultado mi nombre, a la policía le fue fácil localizarme. Pero para cuando obtuvo mi dirección, yo ya había abandonado Petersburgo.

El servicio militar no fue un obstáculo para mis actividades literarias. Proseguí con asiduidad mi colaboración en los periódicos socialistas búlgaros. El órgano del partido, *Den*, había sido remplazado por *Novo Vreme*, que aparecía cada mes bajo la dirección de Blagóev. Además publiqué un libro en búlgaro titulado *La significación política del Caso Dreyfus* y un opúsculo polémico contra los espiritualistas de *La ciencia y el milagro*. Revisé también para una edición popular rusa mi tesis doctoral, la cual conseguí

9. Revistas cuyos títulos significan “Nuevo mundo” y “El comienzo”, respectivamente. La revista *Nachalo* que los marxistas legales publicaban en esa época no debe confundirse con publicación del mismo título que Trotsky publicaría durante la revolución de 1905.

que apareciera, pese a la censura zarista, bajo el título de *Los miserables* y con la firma de una mujer médico, Stantchova. También apareció en búlgaro, pero con mi verdadero nombre. En esa época preparaba un libro sobre *La Francia contemporánea*, por encargo de la editorial petersburguesa Znanie.

Mi servicio militar terminó el primero de enero de 1900. Al quitarme el uniforme pude colaborar abiertamente en la prensa socialista rumana y participar en los mítines obreros en Bucarest. Pero esto me sirvió sólo para constatar la desaparición completa del movimiento obrero rumano, como resultado de la traición de sus jefes, que en general se habían pasado al partido liberal de Bratianu. Mi acción en el movimiento obrero se limitó a esto, pues mi meta era Rusia. Yo recibía las cartas que Zasúlich y Plejánov enviaban a los marxistas de Rusia; y se las enviaba a mi mujer a San Petersburgo. En su camino a Rusia, la propia Zasúlich pasó por Rumania, donde yo le proporcioné un pasaporte rumano a nombre de Kirova, que le permitió entrar en Rusia, adonde yo me disponía a seguirla meses después. La lucha era ya viva entre los revolucionarios marxistas y los partidarios de Bernstein, es decir Struve. A Plejánov le consternó la traición de su propio camarada. Me escribió que era necesario formar un bloque contra Struve, incluso con Mijailovsky y me pidió que, al llegar a San Petersburgo, propusiera a este último su colaboración en *Rúss-koe bogatsvo*, bajo el seudónimo Beltov.

En San Petersburgo constaté el brusco viraje a la derecha de Struve. Éste reprochaba amargamente a Zasúlich haber vuelto a Rusia, pues, en caso de redada policiaca, podía comprometer a sus “amigos”. A ella esto le apenó enormemente, pues aun quería mucho a Struve, desde su estadía en Londres el año 1896, cuando aquél permaneció algunas semanas después del Congreso Socialista Internacional. Struve se negó durante largo tiempo a verla, en tanto que Mijailovsky, Kárpov y Annensky, sin contar a los marxistas (Tugan Baranovsky, Varesáev, Bogucharsky y otros), se entrevistaban con ella en el apartamento de mi esposa.

En cuanto al plan de Plejánov de colaborar en *Rússkoe bogatsvo*, tras discutirlo en el círculo ruso, lo encontramos impracticable. Parecía más sensato que colaborara en la revista de Posse y Gorki, *Zhizn*.

Personalmente yo estaba feliz de haber llegado a San Petersburgo. Aspiraba a pleno pulmón el aire invernal y soñaba con todo cuanto tenía que hacer en Rusia. Con mi mujer y los camaradas, entre los cuales figuraba A. N. Kalmykov y N. A. Struve — más izquierdista que su marido —, esbozábamos planes para militar entre la juventud y los obreros; yo escribía mi libro *La Francia contemporánea*. Sin embargo, poco tiempo después de mi llegada, me hicieron saber que a las cuarenta y ocho horas debía salir de Rusia. Esta expulsión aniquiló todos mis planes. No tenía ningunas ganas de volver a los Balcanes, que me interesaban mucho menos, ya que me sen-

tía más cercano al movimiento revolucionario ruso. Me habían propuesto ir bajo la vigilancia de la policía rusa a Revel y esperar allí la salida del barco. Así pues, partí para allá con mi esposa y allí terminé *La Francia contemporánea*, que se publicó bajo el seudónimo *Insárov*, elegido por mis amigos petersburgueses. Entre los que se esforzaron por que yo pudiera quedarme en Petersburgo se encontraba N. I. Gurovich, que después resultó ser un agente provocador. Antes de partir, me había asegurado que gracias a sus relaciones en la corte (ya sea por mediación del hermano o por la del yerno del barón Frederix), lograría en poco tiempo que yo volviera a Rusia. Me repitió lo mismo en París, adonde llegó en el verano de 1900. Sus promesas sobre mis posibilidades de retorno fueron haciéndose cada vez más frecuentes. Al fin, el asunto se reducía a esto: hacía falta dinero para comprar a los padres del barón Frederix. Evidentemente, habiendo hecho esto, la cosa no se hizo esperar y pude regresar a Rusia. Antes de partir, me inscribí en la facultad de Derecho de París, pues tenía muchos temores de que, tras lo ocurrido en San Petersburgo, no pudiera quedarme y tuviese que regresar a Francia. San Petersburgo estaba desierto. Tras la agitación de los estudiantes en la primavera de 1901, se exilió a muchos hombres de letras y entre ellos a muchos marxistas. El único vínculo que quedaba para mí era el mundo clandestino, donde el opúsculo de Lenin *¿Qué hacer?* estuvo rápidamente a la orden del día.

De esa época data mi colaboración más intensa en las “gruesas” revistas rusas, que prosiguió hasta 1904, sobre todo bajo los seudónimos *Insárov* y *Griogóriev*. Pero esto no podía satisfacer mi sed de actividad y tras la desgracia que me hirió, la pérdida de mi esposa, regresé a Francia a fines de 1902 y me preparé para los exámenes en la facultad de Derecho, con la intención de instalarme allí y, después de nacionalizarme francés, participar activamente en el movimiento revolucionario.

Fue aquél el único periodo de mi vida, que no duró más de seis meses, en que ejercí la medicina, en el pueblecito francés de Beaulieu, departamento del Loire. Entablé relaciones, no solamente profesionales, sino también políticas, con los campesinos, sobre todo con motivo de un banquete oficial en el cual pronuncié un discurso que desagradó enormemente a los senadores y diputados presentes. Me propusieron que me quedara en Beaulieu, pero la muerte de mi padre en el verano de 1903 me obligó a regresar a mi país. A partir de ese momento entré en los partidos balcánicos y muy particularmente en el movimiento obrero rumano.

Durante el invierno de 1903-04, regresé a París, donde me sorprendió la guerra ruso-japonesa. Intervine en un mitin gigantesco al que asistieron representantes de todos los partidos revolucionarios. El hálito derrotista de mi discurso suscitó los reproches de mi maestro Plejánov, que presidía el mitin. Había llegado a París antes de la declaración de guerra y,

como había sido expulsado de Francia, tuvo que pedir apoyo a Clemenceau para que autorizara su entrada temporal. Recuerdo cómo, al día siguiente del mitin, desayunando con Jules Guesde y conmigo, se quejó de mi derrotismo. Jules Guesde le apoyó con el aforismo siguiente: “La socialdemocracia no puede ser nunca antinacional”. Plejánov, desde entonces, me recordaba esa frase de Guesde. Tras una estadía de tres meses en París, regresé a Rumania y desde allí fui a Bulgaria, donde la escisión entre los “tesniaki” (estrechos) y los “shirokie” (amplios) era un hecho consumado. Me mantuve activa y resueltamente del lado de los “tesniaki”.

Ese mismo año fui a Ámsterdam como delegado búlgaro al Congreso Socialista Internacional, representando al mismo tiempo al Partido Socialdemócrata serbio. Allí tomé parte activa en los trabajos de la comisión de táctica y, a petición de la delegación rusa, intervine en un mitin obrero cuyo tema era el asesinato de Plehve.¹⁰

Luego regresé a Rumania. Los acontecimientos del 9 de enero de 1905 fueron la señal del despertar de la clase obrera rumana. Creamos un semanario, *Romanía Muncitoare*, después de haber dejado sentados los comienzos de una organización política obrera. En vez de enfocarnos en el Partido Socialdemócrata rumano, que se disolvió, fijamos nuestra atención en

10. Viacheslav von Plehve era el primer ministro ruso cuando fue abatido por terroristas revolucionarios en julio de 1904.

organizar sindicatos, para darle al movimiento una base puramente proletaria. El movimiento que había existido hasta entonces en Rumania se distinguía por su falta de carácter proletario. Se componía de intelectuales, pequeñoburgueses y de un número comparativamente escaso de obreros. Este periodo fue extraordinariamente propicio: la clase obrera rumana respondió presurosa al llamamiento de *Rumania Muncitoare*. El movimiento huelguístico tomó tales dimensiones, que hasta los agentes de policía de Bucarest nos pidieron que organizáramos su huelga. Creamos nuevos sindicatos. Los capitalistas y el gobierno fueron tomados por sorpresa; las primeras huelgas terminaron rápidamente y con éxito, pero los patronos sólo cedieron para preparar mejor la contraofensiva.

Los años 1905 y 1906 transcurrieron en Rumania bajo el signo de una áspera lucha de clases. La prensa rumana de todas las tendencias vio en mi persona al inspirador de ese movimiento y centró su campaña sobre mi origen extranjero, suponiendo que así comprometía también a todo el movimiento obrero. La clase dominante y el gobierno se encarnizaron conmigo aún con mayor violencia tras dos acontecimientos: la llegada del acorazado *Potemkin* a Constanza y la sublevación de los campesinos en la primavera de 1907. El gobierno creyó descubrir que la finalidad oculta de la instalación de los marinos del *Potemkin* en Constanza, en la que yo participé, era suscitar con su ayuda la revolución en Rumania y con ella ayudar a la

Revolución Rusa.¹¹ Nosotros, sin embargo, nos habíamos fijado un fin más modesto; el de educar políticamente a los marinos. Entre la llegada del *Potemkin* y la sublevación de los campesinos ocurrió otro acontecimiento que puso aún más en guardia al gobierno. Un barco que iba cargado de armas de Varna a Batum (y que, como luego supe, pertenecía a Litvínov) naufragó en la costa rumana, cayendo en poder de las autoridades del país. Me entrevisté con la tripulación, entre la que se encontraba el agente bolchevique Kamo. Por lo que me contó, comprendí que había en aquello una traición y que el capitán del barco lo había dirigido hacia la costa. Pero fuera lo que fuese, el costoso cargamento —no menos de cincuenta mil fusiles destinados en principio a la organización revolucionaria macedónica de Turquía— cayó en manos del gobierno rumano. La prensa sostenía que las armas estaban destinadas a organizar la sublevación en Dobruguea y se mezcló mi nombre en el asunto.

La rebelión campesina rumana estalló en febrero de 1907. Al principio estaba dirigida contra los granjeros judíos de la Moldavia septentrional y fue atizada por la demagogia antisemita de los liberales y nacionalistas rumanos. Sin embargo, tras haber saqueado las propiedades de los granjeros judíos, los

11. La tripulación del Acorazado Potemkin se amotinó en el puerto ruso de Odesa el 27 de junio de 1905. Tras enfrentar una severa represión, los supervivientes se dirigieron con la nave al puerto rumano de Constanza, a donde llegaron el 2 de julio. Durante la represión de uno de los mítines relacionados con el caso, Rakovsky fue herido en la cabeza.

campesinos pasaron a las de los granjeros rumanos y luego a las de los terratenientes. La situación se hizo crítica. Todo el país, es decir todos los pueblos, fueron abrasados por las llamas de la rebelión campesina, que incendiaba las propiedades y estrangulaba a los propietarios que se encontraban en el campo. El gobierno rumano fusiló campesinos y destruyó pueblos a cañonazos. Luego aplicó una justicia somera y expeditiva contra el movimiento obrero de las ciudades, que, antes de la sublevación campesina, había tenido al poder en constante zozobra. Temía la fusión de los obreros y los campesinos y adoptó una serie de medidas para aniquilar el movimiento obrero: registros, confiscación de periódicos socialistas, cierre de los locales sindicales y de las organizaciones gremiales, detención de los jefes del movimiento obrero.

Yo fui detenido y se me sometió a una medida manifiestamente ilegal: mi expulsión de Rumania. Durante cinco años la cuestión de mi retorno fue la cuestión práctica en torno a la cual se giró la lucha de la clase obrera rumana. Continué participando en la dirección del movimiento obrero, colaborando en los periódicos del partido y del movimiento gremial y publiqué opúsculos, así como una revista socialdemócrata, *Vittorul Social*. Además preparé dos libros, uno en rumano, *El reino de la arbitrariedad y la cobardía*, y el otro en francés, *La Rumania de los boyardos*. El primero estaba destinado a los obreros rumanos y el segundo a la información de los partidos socialistas y

de la opinión pública extranjera. En él se informaba sobre aquellos dos años de persecución de los obreros y campesinos rumanos y se ponía en claro mi causa.

Regresé clandestinamente a Rumania en 1909 y fui detenido, pero no se me hizo juicio por violación de la ley y sólo se me expulsó. El caso provocó gran revuelo; como me negué a partir, tuvieron que meterme a la fuerza en el vagón. Por otra parte, las autoridades húngaras se negaron a acogerme y se me envió como un paquete de un territorio a otro, con negociaciones diplomáticas entre los gobiernos rumano y austrohúngaro. Finalmente, éste me admitió en su territorio. Mis camaradas y yo dimos por descontada toda una serie de procesos en torno de mi asunto, que nos hubieran servido de medio de agitación en las organizaciones obreras. Ya anteriormente, cuando me ausenté de Rumania en marzo y abril de 1908, el gobierno había intentado dos procesos contra mí para justificar mi expulsión, que era ilegal, ya que en Rumania no había ley alguna que permitiera al gobierno exiliar a sus propios ciudadanos. Hubo que recurrir a los más inverosímiles artificios jurídicos, sin tener inconveniente en fabricar documentos falsos contra mí. Esta vez también el gobierno prefirió dejarme salir al extranjero a tenerme en prisión y entablar contra mí un proceso que en las manos del Partido Obrero Rumano y en las mías hubiera sido un medio de lucha contra el gobierno y la burguesía.

Aunque se intentó mantener mi detención en secreto, la noticia se filtró a la prensa. El gobierno

rumano la desmintió categóricamente, pero la clase obrera, que por experiencia sabía que aquél era capaz de todas las ilegalidades, consideró su tentativa de silenciar mi detención y mi expulsión a territorio húngaro como prueba de intenciones criminales respecto a mí. El 19 de octubre, indignados sobre todo tras la aparición en los periódicos de un comunicado sobre la decisión de Bratianu¹² de suprimirme antes de dejarme libre en Rumania, los obreros de Bucarest organizaron una manifestación que terminó en un sangriento choque con la policía. Decenas de obreros resultaron heridos y treinta fueron detenidos, entre ellos los jefes de los movimientos sindical y político, que esa misma noche fueron asesinados en los sótanos de la policía de Bucarest. Estos actos escandalosos provocaron protestas, no sólo en los centros obreros grandes y pequeños, y en la prensa burguesa demócrata de Rumania, sino también en el exterior. La lucha entre los obreros y el gobierno se agravó. Hubo un atentado contra Bratianu que fracasó y en el que, al parecer, estuvo implicada la propia policía. Ésta fue la señal de nuevas persecuciones y de leyes de excepción contra los derechos de huelga y de asociación. El gobierno de Bratianu ya no podía seguir en el poder más tiempo, y se fue entre las maldiciones de los obreros, después

12. El liberal Ion Bratianu, que como ministro del Interior había suprimido la rebelión campesina de 1907, asumió el cargo de primer ministro de Rumania en enero (1909). Volvería a ocupar el puesto en repetidas ocasiones, hasta 1927.

de ceder el puesto a un gobierno conservador encabezado por Carp.

En febrero de 1911 volví clandestinamente a Rumania, pero esta vez logré llegar a la capital y, tras haber restablecido contacto con mis amigos, fui a ponerme a disposición de las autoridades judiciales. En lugar de abrimme las puertas de la prisión, el gobierno rumano prefirió una vez más enviarme al extranjero y, como el camino de Hungría estaba cerrado, se esforzó por hacerme pasar a Bulgaria. Pero sus tentativas fracasaron también en los puestos fronterizos búlgaros. Sólo quedaba abierto el camino de Rusia, al cual el gobierno no podía recurrir, y por último la vía marítima. Se me embarcó, provisto de un pasaporte rumano, en un barco que iba a Constantinopla, donde las autoridades “jóvenes-turcas”¹³ me detuvieron después de unos días, a petición de la policía rumana; pero gracias a la intervención de los diputados socialistas turcos, pude salir de la cárcel. Llegué a Sofía, donde organicé el diario socialista *Napred*, cuya tarea principal era la lucha contra el virulento nacionalismo búlgaro que preparaba la guerra de los Balcanes. Evidentemente me convertí en el blanco de los ataques de todos los nacionalistas búlgaros.

En ese tiempo, en Rumania se preparaba un viraje a mi favor. El peor enemigo de nuestro mo-

13. Se conoce como “jóvenes turcos” al movimiento renovador y constitucionalista que gobernó el Imperio Otomano desde mediados de 1908 hasta la Primera Guerra Mundial.

vimiento era el partido liberal, que representaba no sólo a los grandes hacendados y terratenientes, sino también al gran capital industrial. Tras hacer algunas concesiones a los campesinos, que calmaron un tanto al campo, los conservadores, pensando que no había que temer por algún tiempo sublevaciones agrarias, estimaron que el movimiento obrero podría servirles en su lucha contra los liberales. Sea lo que fuere, tras mi segundo retorno y mi segundo exilio al extranjero, los conservadores se declararon dispuestos a permitir la revisión de mi caso y, en abril de 1912, apareció un decreto revocando mi exilio y un juicio especial me restituyó mis derechos políticos.

Pero no pudimos disfrutar mucho tiempo de este periodo de edificación "apacible" del partido. La primera guerra de los Balcanes estalló en otoño de 1912. No había pasado un año tras el fin de la guerra balcánica cuando se acercaron los indicios precursores del conflicto mundial.¹⁴ De agosto de 1914 a agosto de 1916, fecha en que Rumania entró en la guerra, el Partido Socialdemócrata rumano tuvo que sostener una lucha difícil: en el interior de Rumania teníamos que defender la neutralidad del país contra los partidos favorables a la guerra, ya fueran prorrusos o progermánicos. La lucha no se limitó a una polémica de prensa singularmente áspera y a mítines y manifestaciones en la calle, sino que tomó a veces un

14. En 1913, Rakovsky se casó con la militante Ileana Pralea, con quien siguió casado durante el resto de su vida.

carácter de lo más trágico. En junio de 1916 la policía disparó sobre los obreros en Galatzi y mató a ocho. Yo fui detenido y hubo una encuesta judicial en mi contra por organizar una “rebelión” contra las autoridades, lo que suscitó entre los obreros un estallido de indignación. Se anunció en Bucarest una huelga general que amenazaba extenderse a todo el país. Pero el gobierno, temiendo evidentemente generar disturbios en vísperas de la guerra, nos puso en libertad, a mí, y a todos los camaradas detenidos.

Durante ese tiempo mi actividad no se limitó sólo a la lucha contra la burguesía rumana. Como miembro del CC del partido rumano, hice cuanto estuvo en mi mano por entrar en relación con los partidos, gobiernos y camaradas aislados que en el extranjero seguían siendo fieles a los preceptos del internacionalismo obrero.

En abril de 1915, invitado por el Partido Socialista Italiano, fui a Milán, a un mitin internacional contra la guerra. En mi camino de regreso, después de haberme detenido en Berna, entré en contacto con Lenin y el Partido Obrero suizo. Hasta entonces había tenido contactos con Trotsky, que dirigía en París el periódico *Nashe slovo*, donde yo había escrito. Las conversaciones y las entrevistas llevaron a la convocatoria de la conferencia de Zimmerwald.

En el verano de 1915, una conferencia de todos los partidos socialistas de los Balcanes se reunió en

Bucarest, sobre la base de un programa radicalmente clasista e internacionalista. Fue así como el partido socialdemócrata oportunista (“amplio”) búlgaro quedó excluido. Se creó una Federación Socialdemócrata de Obreros Revolucionarios de los Balcanes, que comprendía a los partidos rumano, búlgaro, serbio y griego. Se eligió un buró central, y a mí se me nombró secretario. Los partidos balcánicos habían trazado su línea de lucha intransigente contra el imperialismo antes de Zimmerwald.

Tuve la suerte de participar en la primavera de 1916 en la conferencia en Berna de los zimmerwaldianos, donde intervine a lado de Lenin. Pero no tuve la posibilidad de asistir a la conferencia de Kienthal, pues Rumania, que se preparaba a entrar en la guerra, cerró sus fronteras. Hizo su declaración de guerra en agosto de 1916; un mes más tarde, estaba yo tras las rejas.

El gobierno rumano me llevó consigo cuando se retiró de Bucarest a Iasi. Allí, el primero de mayo de 1917, me liberó un regimiento ruso.

La primera ciudad en que me instalé tras mi liberación fue Odesa, donde comencé a luchar contra la guerra y los partidarios de la defensa. Seguí a Petrogrado. Aun cuando no me había adherido entonces al partido bolchevique, por desacuerdo sobre ciertas cuestiones, el gobierno provisional me amenazó con el exilio si proseguía con mis actividades.

Durante las jornadas de Kornílov,¹⁵ la organización bolchevique me escondió en la cartuchería de Sestzoretsk. De allí pasé a Kronstadt. Tras la liquidación de los partidarios de Kornílov, decidí ir a Estocolmo, donde debía reunirse una conferencia de zimmerwaldianos; me encontraba allí durante la Revolución de Octubre.

En diciembre llegué a Petrogrado y en enero salí de allí como comisario organizador del consejo de comisarios del pueblo de la Rusia Soviética, yendo al sur con un grupo de marinos encabezado por Zhelezniakov.¹⁶ Después de haber pasado cierto tiempo en Sebastopol y de haber organizado una expedición por el Danubio contra las autoridades rumanas que ocupaban Besarabia, fui con el grupo a Odesa. Allí se organizó una institución superior autónoma para la lucha contra la contrarrevolución en Rumania y Ucrania y me quedé en Odesa como su presidente y como miembro del Rumtcherod (CEC de los soviets de Rumania), hasta su ocupación por los alemanes. Luego

15. En los últimos días de agosto de 1917, el general Lavr Kornílov, a quien Kerensky había puesto frente al ejército, intentó barrer a los soviets pasando por encima del gobierno provisional. Todos los partidos de izquierda –incluyendo a los bolcheviques, a los que el gobierno había proscrito poco antes– participaron en la supresión de la intentona de Kornílov.

16. Se refiere jovencísimo al marino ruso Anatoli Zhelezniakov, que, siendo anarquista colaboró con los bolcheviques en los episodios revolucionarios de 1917. Durante la Guerra Civil rompió con el gobierno soviético, pero siguió combatiendo a los blancos, que lo capturaron y lo fusilaron en 1919.

fui a Nikoláev y de allí a Crimea; después a Ekaterinoslav, de donde partí al II Congreso de los soviets en Ucrania. A continuación, a Poltava y a Járkov. Tras una estadía de paso en Moscú, donde sólo estuve un mes, me dirigí a Kursk con la delegación que debía llevar las conversaciones de paz con la Rada Central de Ucrania. En Kursk recibimos la noticia del golpe de Estado de Skoropadski, y logré concluir un armisticio con los alemanes que continuaban su ofensiva. El gobierno de Skoropadski nos propuso ir a Kíev. El papel de la delegación de paz, que yo dirigía, estribaba en explicar a las masas campesinas y obreras de Ucrania la política verdadera del poder soviético, oponiéndola a la política de Skoropadski, de la Rada Central y de los otros agentes del imperialismo alemán y de los propietarios rusos. En septiembre partí en misión extraordinaria a Alemania, para continuar las negociaciones con el gobierno alemán sobre la conclusión de un tratado de paz con Ucrania. Desde allí debía ir a Viena, donde ya se había proclamado la república. En Berlín recibí la conformidad del gobierno austriaco, por mediación del ministro de Relaciones Exteriores, que era entonces el jefe del Partido Socialdemócrata austriaco, Víctor Adler. Pero las autoridades alemanas no me permitieron ir a Viena y, por el contrario, me expulsaron en seguida, juntamente con el embajador soviético en Berlín, Yoffe, con Bujarin y con otros camaradas. Nos encontrábamos aún camino del exilio y cautivos en Borísov cuando supimos la noticia de la Revolución Alemana.

Algún tiempo después, el Comité Ejecutivo Central de los soviets (CEC) me envió con otros delegados (Marchlevsky, Bujarin, Yoffe, Rádek e Ignátov) a Berlín, para asistir al primer congreso de los consejos alemanes de diputados obreros y soldados. Pero las autoridades militares alemanas nos retuvieron en Kovno y, tras algunos días de cautiverio, tuvimos que volver a Minsk. Tras una corta estadía en esta ciudad y en Gómel, donde la dominación alemana tocaba a su fin, me dirigí a Moscú. El CC del Partido Comunista (Bolchevique) de Ucrania me llamó entonces para ocupar en ese país el puesto de presidente del gobierno provisional revolucionario obrero y campesino. Del III Congreso Panucraniano de los Soviets, convocado en marzo de 1918, salió el CEC que me eligió presidente del consejo de comisarios del pueblo de Ucrania, puesto que ocupé sobre el terreno hasta mediados de septiembre, primero en Járkov, luego en Kíev y, tras la evacuación de esta ciudad, en Chernígov.

A mediados de septiembre partí para Moscú, donde seguí en mis funciones precedentes y fui situado a la cabeza de la dirección política del consejo militar revolucionario de la República. Dirigí esta organización hasta enero, durante los penosos días del ataque de Denikin, Kolchak y Yudénich. Cuando se liberó a Járkov de los blancos, nuevamente se me nombró, poco después presidente del consejo de comisarios del pueblo para la República Soviética de Ucrania y miembro del consejo militar revolucio-

nario del frente sudoeste, que dirigía la guerra contra Denikin y combatía a los polacos; después fui remplazado por el CMR del frente sur, que tenía a la cabeza al difunto Frunze. Ocupé igualmente los cargos de presidente de la comisión extraordinaria de lucha contra el bandolerismo, de la comisión extraordinaria de sanidad y de la comisión especial para la energía y el reaprovisionamiento, así como del consejo económico de Ucrania. Permanecí sin interrupción en Ucrania hasta julio de 1923, salvo el periodo en que fui al extranjero con Chicherin, Litvínov y otros camaradas, como parte de la delegación soviética a la conferencia de Génova.¹⁷

En julio de 1923 se me nombró representante plenipotenciario en Inglaterra. Allí llevé las conversaciones sobre el reconocimiento de la Unión Soviética y luego, a la cabeza de la delegación, concluí con MacDonald los célebres acuerdos que fueron a continuación rechazados por el gobierno conservador que lo sucedió. También sostuve en Londres, primero con Herriot, y luego con Herriot y De Monzie, las conversaciones que llevaron al reconocimiento de la Unión Soviética por el gobierno francés. Desde fines de octubre de 1925 soy representante diplomático en París.

A partir de 1918, fui miembro del Comité Ejecutivo Central, primero de la Rusia Soviética, luego de

17. Se trata de la Conferencia convocada por la Sociedad de las Naciones en abril-mayo de 1922, donde entre otras cosas se estableció el Patrón Oro.

la Unión Soviética y también miembro del presidium hasta el año 1925. Hasta 1924 fui asimismo miembro del GEC de Ucrania. Desde 1919 pertenezco al Comité Central del Partido Comunista de Rusia. También hasta 1924 he sido miembro del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania y de su Buró Político.

Comentario por George Haupt

Kristian Rakovsky gozaba de fama y autoridad internacionales desde antes de 1917 y aportó a la Revolución Rusa su pasión y experiencia de militante, su talento, su amplitud de espíritu, su valentía y lucidez, en las cuales venían a injertarse una visión de dimensiones europeas y un internacionalismo a toda prueba. Finura de espíritu, “una profunda nobleza de alma” (Trotsky), una gran cultura, reforzada con una eficacia admirable, escaso gusto por la violencia, un sentido muy particular de las relaciones humanas, tales fueron los rasgos propios de este búlgaro de nacimiento, rumano de nacionalidad, francés de educación, ruso por sus relaciones, simpatías y cultura.

Esta frase que pronunció durante su proceso, en 1938, resume lo esencial de su vida: “Ciudadanos jueces, desde mi juventud he cumplido honrada, fiel y abnegadamente mi deber de soldado de la causa de la emancipación del trabajo”. Dondequiera que lo llevó su vida agitada, tomó parte activa en el movimiento obrero: en Bulgaria, donde fue uno de los pioneros del

socialismo; en la socialdemocracia rusa, donde desde 1893 se convirtió en el “niño mimado” del grupo de la Emancipación del Trabajo; en Francia, donde tuvo quienes lo escucharon entre los guedistas; en Rumania, donde en 1905 se convirtió en el líder del movimiento obrero renaciente. En diversos periodos participó activamente en la vida interior de esos partidos en todas las formas, yendo de la organización práctica a las grandes decisiones políticas. Su autobiografía gira particularmente sobre el papel que desempeñó en el movimiento ruso y no da sino un pálido reflejo de las múltiples facetas de su vida agitada. Esta vida fue tan llena y variada, tan enriquecida por sus peregrinaciones perpetuas, por sus actividades múltiples resultantes de la elección de su profesión, de su fe revolucionaria y de su credo socialista, que han hecho de Kristian Rakovsky “una de las figuras más internacionales del movimiento socialista europeo” (Trotsky).

Propagandista infatigable, ensayista erudito, publicista y polemista de gran talento, fue autor de algunos cientos de opúsculos, de estudios y de artículos. Sus escritos y discursos se han publicado en numerosas lenguas y en innumerables periódicos o revistas. No buscaba el efecto, sino la eficacia, y se ocultaba gustoso bajo múltiples seudónimos, o en el anonimato, aun cuando éste no le fuera impuesto por las circunstancias. Rakovsky trató de los problemas más variados: desde la teoría marxista, pasando por la historia, la filosofía y el arte, hasta la práctica de

la cotidiana lucha obrera. En Bulgaria fue uno de los marxistas que gozaron de más amplia visibilidad, y sus obras históricas y polémicas filosóficas, según Blagóev, “constituyen un arma notable en la lucha teórica y práctica contra los adversarios de los socialistas, entre los cuales los más feroces y más vulgares eran los rusófilos”.

En Rumania ocurrió lo mismo; allí sus estudios y artículos giraron más que nada en torno a problemas teóricos y prácticos del movimiento obrero. En Rusia los amplios estudios que publicó en las grandes revistas de la época le revelaron como un gran conocedor de Francia en todos sus aspectos. Como lo hace constar Anatole de Monzie, al hablar de un libro que publicó Rakovsky en ruso, el año 1900, con el título de *La Francia contemporánea*, “esta obra atestigua a la vez una erudición impecable y una calurosa simpatía por la Tercera República”, pero de hecho por la República y por las tradiciones democráticas francesas.

En Francia y en Alemania fue colaborador permanente de todas las grandes publicaciones socialistas de la época, donde escribió ante todo de los Balcanes y de los problemas que planteaban para la paz. Ha de hacerse notar que la aportación teórica más original de Kristian Rakovsky, antes de 1914, fue el estudio de la cuestión nacional en los Balcanes. Adversario encarnizado de los nacionalismos bajo todas sus formas, elaboró la solución socialista del problema y fue el promotor de la lucha por la federación de repúblicas democráticas de los Balcanes.

Pero sus escritos o su papel predominante en el socialismo balcánico no fueron las únicas causas de su visibilidad internacional. Cuando era todavía estudiante, fue uno de los promotores de los encuentros internacionales de estudiantes socialistas. Figura muy conocida en los congresos socialistas internacionales, participó en ellos desde 1893. Delegado al BSI, la Internacional le encomendó, durante las crisis balcánicas, misiones de confianza para poner fin a las divergencias y coordinar la acción socialista en esa región peligrosa: el polvorín de Europa. Pesadilla de los gobiernos balcánicos, estaba fichado por todas las policías y fue expulsado siete veces de Alemania, Rusia y sobre todo de Rumania. Siempre era en Francia donde se replegaba y en 1901 pensó naturalizarse francés. Allí su personalidad radiante, su elocuencia y su finura, así como su porte, prestancia y arte de vivir habían conquistado no sólo a numerosas personalidades socialistas, sino también a los políticos de extremos opuestos. Fue también en París, en 1903, cuando entabló una amistad que está ligada a todos los aspectos de su destino futuro: Trotsky. La visita de Trotsky a Rumania en 1913, donde estuvo en calidad de corresponsal de guerra, no hizo sino estrechar los lazos, que se transformaron en colaboración activa, tras el desencadenamiento del conflicto mundial. Gracias a la ayuda financiera de Rakovsky, Trotsky pudo editar *Nashe slovo*; y fue sobre la misma plataforma como militaron en las filas de los internacionalistas. Rakovsky desple-

gó una gran actividad en favor de la neutralidad de los países balcánicos y se esforzó por reagrupar a los socialistas de todos los países neutrales para elaborar una plataforma de acción común. Alemania, por mediación de los socialdemócratas, intentó utilizar en su provecho la propaganda neutralista de Rakovsky. Parvus primero y luego Südekum fueron a Bucarest para ganar a su causa al autor de la famosa respuesta a Charles Rumas, que sometió a una crítica acerba a la unión sagrada en Francia. Las críticas de Rakovsky, conocido por su francofilia, provocaron una viva emoción en los medios socialistas, quienes dieron crédito a las violentas campañas de calumnias desencadenadas en Francia por la derecha rumana. Rakovsky, que en la primavera de 1915 participó en Milán en el primer congreso antimilitarista y antibélico, fue también una de las personalidades más activas de la primera conferencia de Zimmerwald, donde adoptó las tesis de Trotsky y formó parte de la comisión que redactó la resolución.

En los años 1915 y 1916, fue una de las figuras socialistas más atacadas: a la izquierda estaba Lenin, quien le acusaba de centrismo y encontraba su postura dañina, declarando que con gentes de esa especie no puede haber una vía en común; en la derecha estaba la pesadilla de los nacionalistas búlgaros y rumanos; estos últimos lo encarcelaron desde la entrada en guerra de Rumania. Un folleto que denunciaba “los crímenes de la oligarquía rumana”,

publicado en París por el comité para la reanudación de las relaciones internacionales, estaba dedicado “al camarada K. Rakovsky, valeroso líder de la socialdemocracia rumana, que insultado, ultrajado, calumniado durante dos años de delirio chovinista, expía en estos momentos en un calabozo el crimen de no haber querido abdicar de su ideal”.

Liberado de la prisión en mayo de 1917 por los soldados rusos del frente rumano, conquistado para la revolución, él mismo se puso bajo la bandera de la Revolución Rusa. Formó parte del Grupo Internacionalista dirigido por Mártov.¹⁸ Estaba entonces en divergencia con los bolcheviques sobre los problemas fundamentales, conservando sus viejas reservas respecto a Lenin. Se conocieron personalmente desde 1900; tras la escisión de 1903, Rakovsky se retiró del movimiento revolucionario ruso y no manifestó públicamente su hostilidad a Lenin, limitándose a ignorarlo, mientras que conservaba relaciones estrechas con Plejánov, Axelrod y otros dirigentes mencheviques. Sus encuentros y conversaciones durante la guerra en Suiza no aportaron modificaciones esenciales a sus relaciones.

18. Yuli Mártov, que en su juventud fuera amigo personal de Lenin, rompió con él en 1903 y se convirtió en el líder de facción menchevique del socialismo ruso. Aunque nunca se reconcilió con Lenin, en 1917 rompió con la mayoría menchevique y fundó un grupo intermedio, los “mencheviques internacionalistas”, que se oponía a la guerra llevada a cabo por el Gobierno Provisional y defendía a los bolcheviques perseguidos.

Fue bajo la influencia de Trotsky como Rakovsky cambió de actitud y se unió, tras la Revolución de Octubre, a las filas bolcheviques. Desde entonces le fueron encomendadas misiones cada vez más importantes; el teatro principal de su actividad durante la guerra civil fue Ucrania. Se le asignó el primer puesto en ese punto neurálgico por la envergadura política que exigían, tanto la situación militar como las divergencias entre los comunistas ucranianos. Rakovsky, por encima de las discrepancias, era el único que podía arbitrar en el antagonismo de las dos fracciones que se desgarraban allí: los comunistas de izquierda, llamados ultrainternacionalistas, y los comunistas ucranianos, llamados separatistas. Así, en el verano de 1919, tras los fracasos militares, el Buró Político revocó a los dirigentes militares del frente de Ucrania, pero consideró que esta medida no podía aplicarse a Rakovsky, pues "es una gran figura política". Durante la campaña de Polonia, Lenin envió a Rakovsky y a Smilgá como comisarios políticos de Tujachevsky.

Aunque estuvo entre los fundadores de la Internacional Comunista, al contrario de lo que sucedió con otros comunistas extranjeros, no fue llamado a desempeñar un papel de dirigente en su seno, sino en el Partido Comunista de la Unión Soviética y en la federación de los soviets. En el II Congreso de los Soviets de Ucrania, se le nombró presidente del consejo de los comisarios del pueblo. A la cabeza de la segunda república de la URSS, con las atribuciones más amplias

“ejerció todos sus talentos administrativos, jurídicos, médicos, pedagógicos y económicos”. Fue miembro del Comité Central del PCR hasta 1925, tomando parte activa en las grandes luchas y las divergencias de los años 1919 a 1923. Mantuvo el principio confederativo en la constitución de la Unión de los Soviets y combatió la política de rusificación de Stalin y sus planes centralizadores, que atacó vigorosamente en el XIII Congreso (1924). Sus trabajos sobre la cuestión nacional, su internacionalismo sin desfallecimientos, las funciones que desempeñaba, confirieron a sus tesis un gran peso e hicieron de él un adversario de talla del secretario general.

Pero la cuestión nacional no fue sino un aspecto de sus divergencias. Espíritu crítico, adicto a los principios de la democracia obrera, Rakovsky fue una de las figuras destacadas y activas de la Oposición de Izquierda, dirigida por su amigo Trotsky.

En junio de 1923, dejó sus funciones en Ucrania y fue asignado a la diplomacia. No cabe duda de que ninguno estaba más calificado para esa carrera, cuyo objetivo esencial era entonces hacer salir a la Unión Soviética de su aislamiento; desde el verano de 1918, se le encomendó la preparación de la tregua con la Rada de Ucrania; formó parte, con Yoffe y Bujarin, de la delegación que fue a Berlín; fue él también quien concluyó el acuerdo con Lituania. Formó parte de la delegación soviética en la conferencia de Génova y se le nombró embajador en Londres. En 1925 se le asignó

para hacerse cargo de la embajada de París. Cumplió sus funciones de embajador con brío e ingenio. Pero en el contexto del año 1923, su asignación a la diplomacia no era sino una hábil maniobra para dejarlo a un lado. Pese a su alejamiento, siguió activo en la Oposición. En el XV Congreso (diciembre de 1927, en el que Zinóviev y Kámenev abandonaron la Oposición, y el resto de los opositores fue expulsado del partido) fue el portavoz de los irreductibles. Cuando se le propuso capitular ante el CC, dio esta respuesta, que refleja su personalidad obstinada, valiente y generosa: “Comienzo a envejecer. ¿Por qué estropear mi biografía?” Separado del partido con la Oposición, fue deportado a Astrakán. Continuó, sin embargo, dirigiendo la Oposición y redactando en forma de cartas sus escritos políticos. Mente lúcida, hizo un análisis penetrante de la degeneración del poder soviético, conocido bajo el título de “Los peligros profesionales del poder”. Cuando muchos opositores capitularon en 1929, Rakovsky se mantuvo inquebrantable y estuvo entre los firmantes de la declaración de la Oposición al XVI Congreso (1930). Enviado a Barnaúl, en Kazajstán, como funcionario subalterno del Plan Quinquenal, siguió indomable: elaboró análisis críticos que envió al Comité Central. Sin publicarlos, quienes rodeaban a Stalin se vieron obligados a tenerlos en cuenta y Mólotov mismo se encargó de combatirlos en las columnas del periódico *Bolshevik*. Las condiciones climatológicas de Kazajstán debilitaron su salud y, en 1932, circularon por Europa rumores sobre su muerte.

En 1934 capituló. Lo que no habían logrado ni las amenazas, ni las duras condiciones de detención que le fueron impuestas, le fue dictado por sus convicciones. Juzgó la situación internacional amenazadora¹⁹ para la Ucrania soviética y estimó que en esas condiciones se imponía la unión. Stalin dio una gran publicidad a la carta de Rakovsky y no ocultó su contento. Había logrado domeñar a un hombre que le era particularmente odioso, reputado por su integridad y su independencia y que, además de todo esto, era el mejor amigo de Trotsky.

A Rakovsky se le confió una misión de la Cruz Roja en el Japón, que resultó ser una trampa premeditada. Detenido, acusado de espionaje,²⁰ fue con Bujarin, Ríkov y Krestinsky, una de las principales figuras del tercero y último Proceso de Moscú, que comenzó el 2 de marzo de 1938. Decano de los acusados, era un hombre deshecho y sin energías el que compareció ante el procurador general Vishinsky. Lo que había constituido durante la Primera Guerra Mundial el fondo de las calumnias se convirtió en la principal acusación: se le acusó de haber sido un espía alemán desde 1914. En el momento en que ese proceso se celebraba, tenía tras de sí 50 años de actividad revolucionaria en las filas del socialismo; entre sus émulos

19. Se refiere sobre todo a la consolidación del régimen nazi en Alemania, iniciado en 1933.

20. Fue detenido en el otoño de 1937. Pasaron ocho meses de confinamiento y tortura antes de que se decidiera a firmar las espurias confesiones que sus verdugos le exigían.

figuraban todos aquellos que significaban algo en el socialismo de los Balcanes, entre ellos Gueorgui Di-mítrov, entonces secretario general de la Internacional Comunista. Fue condenado a 25 años de reclusión y murió en un campo de concentración, probablemente el año 1941.²¹

Al condenar a Rakovsky se buscaba ante todo herir a Trotsky. Era una ejecución a la vez política y moral. Su nombre fue borrado de la historia de la URSS y sólo muy recientemente ha reaparecido en la historia del movimiento obrero de Bulgaria y Rumania, mientras que en occidente cierta “escuela histórica” recoge aún, gustosamente, las calumnias de que los chovinistas rumanos de 1915 lo hicieron víctima y las insinuaciones de Vishinsky.²²

21. Se cree que fue ejecutado en las afueras de la prisión de Oriol, en septiembre de 1941, tras el inicio de la invasión alemana. Ahí mismo fueron ejecutados muchos otros revolucionarios notables, como Olga Kameneva (hermana de Trotsky) y la vieja socialrevolucionaria Maria Spiridonova.

22. El gobierno soviético exoneró y rehabilitó a Rakovsky póstumamente en 1988.

LOS PELIGROS PROFESIONALES DEL PODER

I

Querido camarada Valentinov:

Al examinar el problema de la "actividad" de la clase obrera en sus "Meditaciones sobre las masas", del 8 de julio, trata usted una cuestión fundamental: la de que el proletariado conserve su papel dirigente en nuestro Estado.

Aunque todas las reivindicaciones de la Oposición tienden hacia ese fin, estoy de acuerdo con usted en que no se ha dicho todo sobre esa cuestión. Hasta ahora, la habíamos examinado siempre en relación con el problema de la toma del poder político, mientras que, para esclarecerlo más, habría sido necesario tratarla separadamente, como asunto especial de valor propio. En el fondo, los mismos acontecimientos se han encargado de colocarla en primer plano.

La Oposición tendrá siempre, como uno de sus méritos ante el partido, del que nadie podría despojarla, el de haber dado la alarma a tiempo sobre la terrible declinación del espíritu de actividad de las masas trabajadoras, y sobre su indiferencia creciente hacia el destino de la dictadura del proletariado y del estado soviético.

Lo que caracteriza la ola de escándalos que acaban de ser revelados, lo que encarna su mayor peligro, es precisamente esta pasividad de las masas (incluso superior entre las masas comunistas que entre las no afiliadas) respecto a las manifestaciones de despotismo sin precedentes que se han producido. Los obreros han sido testigos de ellas, y las han dejado pasar sin protesta, o bien se han contentado con murmurar un poco, sea por temor a quienes tienen el poder, sea por indiferencia política. Desde el caso de Chubarovsk (para no ir más lejos) hasta los abusos de Smolensk, de Artiemovsk, etc., se escucha siempre la misma canción: "Sabíamos desde hace tiempo que esto era así..."

Robos, prevaricaciones, violencias, garrafas de vino, increíbles abusos de poder, despotismo ilimitado, ebriedad, libertinaje: se habla de todo esto como de hechos conocidos, no desde hace meses sino desde hace años, y también hay cosas que todo el mundo tolera sin saber por qué.

No tengo que explicar que cuando la burguesía mundial vocifera sobre los vicios del Estado soviético,

podemos ignorarla con tranquilo desprecio. Conocemos muy bien la pureza moral de los gobiernos y de los parlamentos burgueses del mundo entero. Pero no podemos tomarlos como modelo. El nuestro es un Estado *obrero*. Nadie puede ignorar los terribles daños que la indiferencia política causa en la clase obrera, y esclarecer sus causas y los medios para eliminarla es básico. Pero esto nos obliga a tratarla de una manera fundamental, científica, sometiéndola a un análisis profundo. El fenómeno merece toda nuestra atención.

Las explicaciones de usted son, sin duda alguna, correctas. Todos nosotros las hemos expuesto ya en cada discurso, e incluso forman parte de nuestra Plataforma.²³ Y, sin embargo, las interpretaciones y los remedios propuestos para salir de esta penosa situación han tenido y tienen aún un carácter empírico; se refieren a cada caso en particular, sin esclarecer el fondo de la cuestión.

A mi juicio, esto se debe a que la cuestión misma es nueva. Hasta ahora, tanto aquí como en el extranjero, hemos visto un gran número de casos en que el espíritu de iniciativa de la clase obrera se debilita y declina hasta llegar casi al nivel de la reacción política. Pero todos estos ejemplos proceden del período en que el proletariado lucha por la conquista del poder político.

23. Se refiere a la Plataforma de la Oposición Unificada, publicada clandestinamente en el verano de 1927.

No hay antecedentes de declive del ardor del proletariado una vez conquistado el poder, por la sencilla razón de que el nuestro es el primer caso de la historia en que la clase obrera ha conservado el poder durante tanto tiempo. Siempre conocimos las oscilaciones anímicas que puede sufrir el proletariado mientras es una clase oprimida y explotada; pero sólo ahora podemos evaluar en los hechos los cambios que sufre su estado de espíritu cuando ha tomado en sus manos la dirección.

Esta posición política, la de clase dirigente, no está exenta de peligros; antes bien, los encierra muy grandes. No me refiero a las dificultades objetivas que emergen del conjunto de la situación histórica (el cerco capitalista exterior y la presión pequeño burguesa en el interior del país), sino a las que son propias de toda clase dirigente, a consecuencia de la toma y el ejercicio del poder mismo, y de su capacidad o incapacidad de usarlo.

Comprenderá usted que estas dificultades continuarían existiendo, hasta cierto punto, aun si el país se estuviera habitado exclusivamente de masas proletarias, y en el extranjero sólo hubiera Estados obreros. Estas dificultades podrían ser denominadas “los peligros profesionales” del poder.

II

Es claro que la situación de una clase que lucha por el poder difiere de la de una clase que ya lo tiene en sus

manos. Repito que, al hablar de estos peligros, no aludo a los que entrañan las relaciones con otras clases, sino a los que se crean en las filas de la propia clase victoriosa.

¿Qué caracteriza a una clase que ha pasado a la ofensiva? Un máximo de unidad y cohesión. Todo espíritu de oficio o de grupo, para no hablar de los intereses personales, pasa a segundo plano. Toda la iniciativa está en manos de la masa combativa misma y de su vanguardia revolucionaria, ligada a esa masa del modo más íntimo y orgánico.

Cuando una clase toma el poder, algunos de sus miembros deben convertirse en agentes de este poder. Así surge la burocracia. En un Estado socialista, donde a los miembros del partido gobernante se les prohíbe la acumulación capitalista, esta diferenciación comienza por ser funcional, pero termina siendo social.

Pienso aquí en la posición social de un comunista que tiene a su disposición un automóvil, un buen departamento y vacaciones regulares, y que recibe el máximo salario que el partido autoriza; su posición difiere de la del comunista que trabaja en las minas de carbón y recibe un salario mensual de 50 o 60 rublos. En cuanto a los obreros y los empleados, usted sabe que están divididos en dieciocho categorías diferentes...

Otra consecuencia es que algunas funciones, que en el pasado realizaban el partido en su conjunto y la clase entera, se convierten en atribuciones del po-

der, es decir, solamente de un cierto número de miembros del partido y de la clase.

La unidad y la cohesión, que antes eran la consecuencia natural de la lucha de la clase revolucionaria, no pueden conservarse ahora sino por una serie de medidas destinadas a preservar el equilibrio entre los diferentes grupos de dicha clase y del partido, subordinando esos grupos al fin fundamental.

Pero este es un proceso largo y complicado. Consiste en educar políticamente a la clase obrera, para que pueda manejar, controlar y dirigir tanto el aparato estatal como el partido y los sindicatos. Repito: es un problema de educación. Ninguna clase viene al mundo dominando el arte de gobernar. Éste sólo puede adquirirse por la experiencia, aprendiendo de los errores que se comenten. Ninguna constitución soviética, ni la mejor, puede asegurar a la clase obrera un ejercicio sin obstáculos de su dictadura ni el control de su gobierno, si el proletariado no sabe utilizar los derechos que esa constitución le concede.

La falta de armonía entre la capacidad política y la destreza administrativa de determinada clase y la forma jurídico-constitucional que ella establece para su uso una vez que conquista el poder es un hecho histórico comprobable en la evolución de todas las clases, y en parte también, en la de la burguesía. La burguesía inglesa, por ejemplo, libró varias batallas, no solamente para rehacer la Constitución conforme a sus propios intereses, sino también para aprovechar

plenamente sus derechos, y en particular el sufragio. La novela de Charles Dickens *El Club Pickwick* incluye varias escenas de esta época del constitucionalismo inglés, cuando el grupo dirigente, apoyado en su aparato administrativo, volcaba el coche en que se dirigían a las urnas los electores de la oposición para que estos no pudiesen llegar a tiempo a votar.

Este proceso de diferenciación es perfectamente natural en la burguesía triunfante o que está a punto de triunfar. En efecto, en el sentido más amplio del término, ella está constituida por una serie de agrupamientos y aun de clases económicas. Se puede distinguir a la gran burguesía de la media y de la pequeña, así como a la burguesía financiera de la burguesía industrial y de la burguesía agraria. Sucesos como las guerras y las revoluciones producen reagrupamientos en las filas de la propia burguesía. Nuevas capas aparecen y comienzan a desempeñar su papel, por ejemplo, los propietarios, los compradores de bienes nacionales, los llamados “nuevos ricos”, que suelen surgir tras una guerra que ha durado cierto tiempo. Durante la Revolución Francesa, en el período del Directorio, estos “nuevos ricos” constituyeron uno de los factores de la reacción.

En general, la historia del triunfo del Tercer Estado en la Francia de 1789 es sumamente ilustrativa. En primer lugar, este Tercer Estado era considerablemente heterogéneo. Englobaba a todos aquellos que no pertenecían a la nobleza o al clero; no sólo a las

diversas variedades de la burguesía, sino también a los obreros y los campesinos pobres.

Sólo gradualmente, tras una larga lucha y sucesivas intervenciones armadas, en 1792 el Tercer Estado adquirió el derecho a participar en la administración del país. La reacción política iniciada aún antes del Thermidor consistió en que el poder comenzó a concentrarse, tanto formal como materialmente, en manos de un número de ciudadanos cada vez más restringido. Poco a poco, primero por la fuerza de las cosas y después legalmente, las masas populares se vieron excluidas del gobierno del país.

Es cierto que la presión de las fuerzas reaccionarias se hizo sentir ante todo sobre los vínculos que ataban a las diversas clases del Tercer Estado. Y también es verdad que, al examinar las diferenciaciones internas de la burguesía, no encontraremos contornos de clase tan acentuados como los que separan, por ejemplo, a la burguesía del proletariado, es decir, dos clases que cumplen un papel enteramente diferente en la producción.

Además, durante el período de declive de la Revolución Francesa, el poder no intervino solamente para eliminar a grupos sociales que hasta la víspera habían marchado juntos, unidos por un mismo fin revolucionario, sino que también desintegró masas sociales más o menos homogéneas. Por un proceso de diferenciación funcional, la nueva clase dirigente destaca de su seno a los círculos de altos funcionarios.

Ante la presión de la contrarrevolución, esas grietas se convirtieron en verdaderos abismos. A ello debe añadirse que la misma clase dominante engendra contradicciones en el curso de la lucha.

III

Tanto los contemporáneos de la Revolución Francesa, quienes participaron en ella, como los historiadores posteriores, se interesaron en las causas de la degeneración del partido jacobino.

Más de una vez, Robespierre puso en guardia a sus partidarios sobre las consecuencias de la *intoxicación del poder*. Les advirtió que no se volvieran demasiado presuntuosos, que no se “inflaran”, cómo él decía, que no contrajeran la vanidad jacobina, como diríamos nosotros hoy. Pero, como veremos después, el propio Robespierre contribuyó en gran medida al desplazamiento de la pequeña burguesía, que gobernaba con el apoyo de los obreros parisinos.

Omitimos aquí los testimonios contemporáneos acerca de la descomposición del partido jacobino —por ejemplo, su tendencia a enriquecerse, su participación en los contratos, abastecimientos, etc. Mencionemos, en cambio, un hecho extraño y conocido: la opinión de Babeuf, para quien la caída de los jacobinos tuvo entre sus causas la fascinación que las damas de la nobleza ejercían sobre ellos. Babeuf se dirigía a los jacobinos en estos términos: “¿Qué están haciendo, plebeyos pusilánimes? Hoy, ellas los estrechan a uste-

des en sus brazos, pero mañana los estrangularán". Si hubieran existido automóviles en los tiempos de la Revolución Francesa, habríamos encontrado también el factor del "harén-automóvil" que el camarada Sosnovsky señaló como uno de los que tienen un papel de primer orden en la formación de la ideología de la burocracia del partido.

La causa principal del aislamiento de Robespierre y del Club de los Jacobinos, aquello que los separó completamente de las masas de obreros y pequeñoburgueses, fue —además de la liquidación de todos los elementos de izquierda, comenzando por los "rabiosos", los hebertistas y los chaumettistas, y la Comuna de París en general—, la eliminación gradual de todo principio electivo y su remplazo por los nombramientos.

Enviar comisarios del ejército a las ciudades donde la contrarrevolución levantaba cabeza no era sólo legítimo sino indispensable. Pero conforme, poco a poco, Robespierre comenzó a remplazar a los jueces y comisarios en las diferentes secciones de París que hasta entonces se habían designado mediante elección, cuando llegó a nombrar presidentes de las Comisiones Revolucionarias e, incluso, llegó a sustituir por funcionarios nombrados a toda la dirección de la Comuna, estas medidas reforzaron el poder de la burocracia y ayudaron a matar la iniciativa popular. Así, en lugar de impulsar la actividad revolucionaria de las masas —ya oprimidas por la crisis económica y,

sobre todo, por la crisis alimenticia — el régimen de Robespierre agravó el mal y facilitó el trabajo de las fuerzas antidemocráticas. Dumas, el presidente del Tribunal Revolucionario, se quejaba ante Robespierre de no encontrar jurados: nadie quería cumplir esas funciones.

Pero Robespierre terminó sufriendo en carne propia esta indiferencia de las masas parisinas cuando, el 10 de Thermidor, lo llevaron por las calles de París, herido y sangrando, sin ningún temor de que las masas populares intervinieran en favor del dictador de la víspera.

De acuerdo a toda la evidencia, sería ridículo atribuir la caída de Robespierre y de la democracia revolucionaria al principio de los nombramientos. Sin embargo, éste sin duda sí aceleró la acción de los otros factores. De todos ellos, el decisivo fue la dificultad de aprovisionamiento, provocada en gran parte por dos años de malas cosechas. Añádanse a ello las perturbaciones originadas por el traspaso de la gran propiedad rural de la nobleza al pequeño productor campesino y el alza constante de los precios del pan y de la carne, debida a la tardanza con que los jacobinos se decidieron a adoptar medidas administrativas para reprimir a los campesinos ricos y a los especuladores. Cuando, presionados por las masas, finalmente resolvieron promulgar la Ley del “Máximo”, las condiciones del mercado libre y de la producción capitalista le impidieron funcionar como algo más que un mero paliativo.

IV

Pasemos ahora a la realidad que vivimos. Ante todo, creo necesario indicar que, cuando empleamos expresiones como “el partido”, “las masas”, etc., no debemos perder de vista el contenido que la historia de los últimos diez años ha puesto en estos términos.

La clase obrera y el partido — no ya físicamente, sino moralmente — ya no son lo que eran hace diez años. No exagero cuando digo que al militante de 1917 le habría costado reconocerse en el militante de 1928. Un cambio profundo ha tenido lugar en la anatomía y en la fisiología de la clase obrera.

A mi juicio, es necesario estudiar las modificaciones de los tejidos y de sus funciones. El análisis de los cambios sufridos nos mostrará el mejor modo de salir de la situación creada. No pretendo presentar aquí este análisis; me limitaré solamente a algunas observaciones.

Hablando de la clase obrera, hay que responder a toda una serie de preguntas, por ejemplo: ¿Cuántos de los obreros y empleados que trabajan actualmente en nuestra industria han entrado después de la revolución, y cuántos trabajaban ahí desde antes? ¿Cuántos de los obreros y empleados de la industria trabajan sin interrupción y cuántos sólo trabajan irregularmente? ¿Cuántos elementos semiproletarios, semicampesinos, etc. hay en la industria? Si descendemos a las profundidades mismas del proletariado, del semiproletariado y de las masas trabajadoras en gene-

ral, encontraremos sectores enteros de la población de los cuales nadie se ocupa entre nosotros. No me refiero únicamente a los desocupados, que constituyen un peligro siempre creciente y que, en todo caso, es un sector que ha sido claramente indicado por la Oposición. Pienso en las masas reducidas a la mendicidad, en los semi-pauperizados que, gracias a los subsidios irrisorios que les da el Estado, están en el límite del pauperismo, del robo y de la prostitución.

No podemos imaginar cómo vive la gente a veces a apenas unos pasos de nosotros. A veces nos topamos con fenómenos cuya existencia no habría podido sospecharse en el Estado soviético y que dan la impresión de descubrirnos, súbitamente, un abismo. Desde luego se puede defender la causa del poder de los soviets invocando la triste herencia que heredó del régimen zarista y capitalista, pero en nuestra época, bajo nuestro régimen, descubrimos la existencia de fisuras en el cuerpo de la clase obrera, a través de las cuales la burguesía podría introducir una cuña.

En ciertos períodos, bajo el régimen burgués, la parte consciente de la clase obrera arrastraba tras de sí a esta masa numerosa de los semivagabundos. La caída del régimen capitalista debía llevar la liberación al proletariado entero. Los elementos semivagabundos sabían que la burguesía y el estado capitalista eran responsables de su situación. Esperaban que la revolución cambiara su estado. Esta aspiración todavía está lejos de verse satisfecha; su situación apenas

ha mejorado. Comienzan a mirar con hostilidad al poder de los soviets y al sector de la clase obrera empleada en la industria. Sobre todo, se vuelven enemigos de los funcionarios de los soviets, del partido y de los sindicatos. Se les escucha hablar a veces de la clase obrera como de la “nueva nobleza”.

No me detendré aquí en la diferenciación que el poder ha introducido en el seno del proletariado, y que he calificado más arriba de funcional. La función ha modificado el órgano mismo, es decir, la psicología de quienes han asumido las diversas tareas de dirección administrativa y económica del Estado ha cambiado hasta tal punto que han cesado de formar parte de la misma clase obrera, tanto objetivamente como moralmente.

Así, por ejemplo, un director de fábrica hace de “sátrapa”. A pesar de ser comunista, a pesar de su origen proletario, a pesar de que aún trabajaba en la fábrica hace unos años, no encarna ante los ojos de los obreros las mejores cualidades del proletariado.

Mólotov puede equiparar alegremente la dictadura del proletariado y nuestro Estado con sus instituciones burocráticas y, lo que es peor, con los brutos de Smolensk, los estafadores de Tashkent y los aventureros de Artiemovsk. Al hacer esto, no logra más que desacreditar la dictadura sin desactivar el legítimo descontento de los obreros.

Si, prescindiendo de las demás capas de la clase obrera, pasamos ahora al partido mismo, nos encontra-

remos con elementos provenientes de las otras clases sociales. La estructura social del partido es más heterogénea que la del proletariado. Esto siempre ha sido así, naturalmente, pero con una diferencia: que cuando el partido tenía una vida ideológica intensa, la amalgama social se fundía en una sola aleación gracias a la lucha de la clase revolucionaria en movimiento.

V

Sin embargo, tanto en el partido como en la clase obrera, el poder produce estratificaciones como las que separan a las diversas capas de la sociedad.

La burocracia de los soviets y del partido constituye, de hecho, un nuevo orden. No se trata de casos aislados, de desfallecimientos en la conducta de un camarada, sino más bien de una nueva categoría social, a la que debería consagrarse un estudio específico. A propósito del Proyecto de Programa de la Internacional Comunista, yo escribía a León Davidovich (Trotsky):

“Respecto al capítulo 4º (el período transitorio). La manera con que se formula el papel de los partidos comunistas en el período de la dictadura del proletariado es bastante débil. Sin duda alguna, esta vaguedad al referirse al papel del partido ante la clase obrera y el Estado no es casual. La antítesis que separa a la democracia burguesa de la

democracia obrera está claramente indicada; pero no se dice una sola palabra sobre lo que el partido debe hacer para realizar, concretamente, esta democracia proletaria. 'Atraer las masas y hacerlas participar en la construcción', 'reeducar su propia naturaleza' (Bujarin se complacía en desarrollar este último punto, especialmente con respecto a la revolución cultural); son afirmaciones históricamente verdaderas y bien sabidas desde hace mucho tiempo; pero se reducen a simplezas si no introducimos la experiencia acumulada en el curso de los diez años de dictadura del proletariado.

"Es aquí que se plantea el problema de los métodos de dirección, cuyo papel es tan importante.

"Pero a nuestros dirigentes no les gusta hablar del asunto, pues temen que resulte evidente que ellos mismos están lejos de haber 'reeducado' su propia naturaleza".

Si me hubieran encargado a mí redactar el borrador de programa para la Internacional Comunista, en este capítulo habría consagrado buen lugar a la teoría de Lenin del Estado durante la dictadura del proletariado y el papel del partido y su dirección en la creación de una democracia proletaria, tal como debería ser, y no de una burocracia de los soviets y del partido como la que existe actualmente.

El camarada Preobrashenski ha prometido consagrar un capítulo especial en su libro *Las conquistas de la dictadura del proletariado en el año II de la Revolución*, a la burocracia soviética. Espero que no olvide el papel de la burocracia del partido, que es mucho mayor en el Estado soviético que el de su hermana, la burocracia de los soviets. Le he expresado la esperanza de que estudie este fenómeno sociológico específico, bajo todos sus aspectos. No hay un folleto comunista que, al relatar la traición de la socialdemocracia alemana del 4 de agosto de 1914, no indique al mismo tiempo el papel fatal de los cumbres burocráticas partidistas y sindicales en la historia de la caída de ese partido. En cambio, se ha dicho muy poco, y en términos muy generales, sobre la función de nuestra burocracia de los soviets y partidista en la disgregación del partido y del Estado soviéticos. Es un fenómeno sociológico de la máxima importancia que no puede, sin embargo, comprenderse en toda su gravedad si no examinamos las consecuencias que ha tenido el cambio de la ideología del partido de la clase obrera.

VI

Pregunta usted qué ha sido del espíritu de actividad revolucionaria del partido y de nuestro proletariado. ¿Adónde ha ido a parar su iniciativa revolucionaria? ¿Dónde están sus intereses ideológicos, su valor revolucionario, su orgullo proletario? Se muestra usted sorprendido de que haya tanta apatía, tanta mezquin-

dad, pusilanimidad, arribismo y otras muchas cosas que podría añadir yo mismo. ¿Qué ha ocurrido para que camaradas con un pasado revolucionario estimable, cuya honestidad personal no arroja ninguna duda y que ha dado pruebas de su devoción a la Revolución en más de un caso, se encuentren convertidos en lastimosos burócratas? ¿De dónde viene esta horrible Smerdiakovstchina a la que se refirió Trotsky en su carta sobre las declaraciones de Antonov-Ovseenko?²⁴ Si bien se puede esperar cualquier cosa, desde el punto de vista de las ideas y de la moral, en quienes proceden de la burguesía y de la pequeña burguesía, de los intelectuales y de los “individuos” en general, ¿cómo explicar el mismo fenómeno cuando se trata de la clase obrera? Muchos camaradas han observado esa pasividad y no pueden disimular su decepción.

Es verdad que otros camaradas han visto, en la campaña llevada por la cosecha de trigo, síntomas de una robustez revolucionaria, probando que los reflejos de clase viven aún en el partido. Muy recientemente, el camarada Ischenko me ha escrito (o, más exactamente, ha escrito en unas tesis que debió haber enviado también a otros camaradas) que la cosecha de

24. Smerdiakov es un personaje de *Los Hermanos Karamasov* de Dostoyevski que se caracteriza por su abyección. En una circular fechada en mayo de 1928, Trotsky usó ese nombre para denunciar a Vladimir Antonov-Ovseenko, quien dirigiera el asalto al Palacio de Invierno en 1917 y participara en la Oposición de Izquierda, pero que tras capitular al gobierno revisaba la historia para engrandecer el papel de Stalin. Pese a todo, Antonov-Ovseenko, fue ejecutado en las purgas en 1937.

trigo y la autocrítica se deben a la resistencia de la sección proletaria de la dirección del partido.²⁵ Desgraciadamente, debo decir que esto no es exacto. Los dos hechos resultan una combinación urdida en las altas esferas, y no se deben a la presión de la crítica de los obreros; fue por razones políticas y, a veces, por razones de grupo o — digámoslo — de fracción, que una parte de las cumbres del partido puso en práctica esta línea. No se puede hablar más que de una sola presión proletaria: la que dirige la Oposición. Pero, hay que decirlo claramente, esta presión no ha sido suficiente para mantener la Oposición en el interior del partido; más bien, ella no ha logrado modificar su política.

León Davidovich ha demostrado con toda una serie de ejemplos irrefutables el papel revolucionario, verdadero y positivo que ciertos movimientos revolucionarios tuvieron en la derrota: la Comuna de París y la insurrección bolchevique de diciembre de 1905 en Moscú. La primera aseguró el mantenimiento de la forma republicana de gobierno en Francia, la segunda abrió la vía a la reforma constitucional en Rusia. Sin embargo, los efectos de estas derrotas gloriosas duran poco si no les sigue una nueva ola revolucionaria.

Lo más triste es que ningún reflejo se produce dentro del partido y de la masa. Durante dos años se

25. En 1928, la dirección soviética dio un brusco giro a la izquierda que inició con la colectivización forzosa del campo, una crítica a la política de mercado sostenida hasta entonces y una campaña de trabajo voluntario entre los obreros.

ha venido librando una lucha excepcionalmente áspera entre la Oposición y las altas esferas del partido. En el curso de los dos últimos meses, han tenido lugar acontecimientos que debiesen hecho abrir los ojos a los más ciegos.²⁶ Sin embargo, nadie hasta el presente advierte que las masas del partido estén interviniendo.

VII

También es comprensible el pesimismo de algunos camaradas, que percibo igualmente a través de su pregunta.

Al salir de la prisión de la Abadía y mirar alrededor, Babeuf se preguntaba qué había sido del pueblo de París, de los obreros de los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marceau, aquellos que el 14 de julio de 1789 habían tomado La Bastilla, el 10 de agosto de 1792 las Tullerías, que habían sitiado la Convención el 30 de mayo de 1793, para no hablar de tantos otros episodios armados. Resumía sus observaciones en una sola frase, en la que se siente la amargura del revolucionario: “Es más difícil reeducar al pueblo en el amor a la libertad, que conquistarla”.

Ya hemos visto por qué el pueblo de París olvidó la atracción de la libertad. El hambre, la desocu-

26. Se refiere a la crisis de abastecimientos que debía haber vindicado las advertencias de la Oposición de Izquierda, y que en efecto produjo un cambio de línea, pero acompañado de un recrudecimiento de las medidas represivas contra la Oposición, incluyendo la deportación de sus líderes.

pación, la liquidación de los cuadros revolucionarios (numerosos dirigentes habían sido guillotinado), la eliminación de las masas de la dirección del país, todo esto llevó a tan gran lasitud moral y física de las masas, que el pueblo de París y del resto de Francia tuvo necesidad de 37 años de respiro antes de comenzar una nueva revolución.

Babeuf formuló su programa en dos palabras (me refiero a su programa de 1794): “La libertad y la Comuna electa”.

Debo hacer aquí una confesión: nunca me he dejado arrullar por la ilusión de que a los líderes de la Oposición les bastaría presentarse en los mítines del partido y en las reuniones obreras para ganarse a las masas a su campo. Siempre he considerado tales esperanzas, que provenían sobre todo de los dirigentes de Leningrado,²⁷ como un resabio del período en que ellos tomaban las ovaciones y los aplausos oficiales como expresión del verdadero sentimiento de las masas, y los atribuían a su popularidad imaginaria. Iré aún más lejos: para mí, esto explica el brusco viraje de su conducta. Ellos pasaron a la Oposición esperando tomar rápidamente el poder. Es con ese fin que se unieron a la Oposición de 1923. Cuando alguien del “grupo sin dirigentes” reprochó a Zinóviev y Kámenev haber dejado caer a su aliado Trots-

27. Se refiere a G. Zinóviev y L. Kámenev, que desde la muerte de Lenin estuvieron en la cima del partido y en alianza con Stalin combatieron a la Oposición de Izquierda, pero entre 1925 y 1927 se aliaron con ella

ky, Kámenev les respondió: “Teníamos necesidad de Trotsky para gobernar; para reingresar al partido, es un peso muerto”.

Sin embargo, el punto de partida, la premisa, debió ser que la obra de educación del partido de la clase obrera es una tarea larga y difícil, tanto más cuanto que los espíritus deben limpiarse de todas las impurezas adquiridas con la práctica de los soviets y del partido, y por la burocratización de esas instituciones.

No se debe perder de vista que la mayoría de los miembros del partido (para no hablar de las Juventudes Comunistas) tiene la concepción más errónea de las tareas, de las funciones y de la estructura del partido, debido a la concepción que la burocracia les enseña con su ejemplo, su conducta práctica y sus fórmulas estereotipadas. Todos los obreros que ingresaron al partido después de la Guerra Civil, entraron, en su mayor parte, después de 1923 (la promoción Lenin);²⁸ ellos no tienen la menor idea de lo que era en otro tiempo el régimen del partido. La mayoría está desprovista de esa educación revolucionaria de clase, vivida en la lucha, en la vida, en la práctica consciente. En el pasado, esta conciencia de clase se adquiriría

28. La llamada “Promoción Lenin” fue una campaña de reclutamiento masivo llevada a cabo por el Partido Comunista soviético en 1924 (tras la muerte de Lenin), que multiplicó muchas veces su número de afiliados. La Oposición de Izquierda se resistió a esta medida argumentando que abrir las compuertas de entrada a la organización en el poder diluiría su nivel ideológico.

en la lucha contra el capitalismo. Hoy, debe formarse participando en la construcción del socialismo. Pero nuestra burocracia ha reducido dicha participación a una frase hueca, y los obreros no pueden adquirir en ninguna parte esta educación. Se entiende que excluir como medio anormal de educar a la clase el hecho de que nuestra burocracia, bajando los salarios reales, empeorando las condiciones de trabajo, favoreciendo el desarrollo de la desocupación, empuja a los obreros a la lucha que eleva su conciencia de clase; pero, entonces, es hostil al Estado socialista.

Según la concepción de Lenin y de todos nosotros, la tarea de la dirección partidista consiste, precisamente, en preservar al partido y a la clase obrera de la influencia corruptora de los privilegiados, de los favores y de las complacencias inherentes al poder, en razón de su contacto con los restos de la antigua nobleza y la pequeña burguesía; debió haberse prevenirse contra la influencia nefasta de la NEP,²⁹ contra la tentación de la ideología y la moral burguesas.

Al mismo tiempo, contábamos con que la dirección del partido lograría crear un nuevo aparato, verdaderamente obrero y campesino, nuevos sindicatos, realmente proletarios, una nueva moral en la vida cotidiana.

29. NEP son las siglas en ruso de la “Nueva Política Económica”, que consistía en una serie de medidas de mercado y aliento a la pequeña propiedad campesina. Inaugurada originalmente por Lenin en 1921, la NEP continuó y se radicalizó tras la muerte de éste, contra las advertencias de la Oposición de Izquierda, hasta que el gobierno soviético tuvo que revertirla apresuradamente en 1928.

Debe reconocerse francamente, claramente, en voz alta e inteligible, que el aparato del partido no cumplió esa labor. En esta doble tarea de preservación y educación, ha demostrado la incompetencia más completa; ha fracasado; se mostró incapaz.

VIII

Desde hace tiempo estamos convencidos de que lo sucedido en estos últimos ocho meses pone en evidencia para todos que la dirección del partido avanza por el más peligroso de los caminos. Aún hoy sigue por esa ruta.

Los reproches que le dirigimos no conciernen, por así decirlo, al aspecto cuantitativo de su trabajo, sino, más bien, al cualitativo. Subrayamos esto pues, de otro modo, volveríamos a sumergirnos en cifras con los éxitos innumerables e integrales obtenidos por los aparatos partidista y soviético. Ha llegado el momento de poner fin a este charlatanismo estadístico. Escuche usted lo que se cuenta del XV Congreso del Partido. Lea el informe de Kossior sobre la actividad organizativa. ¿Qué se dice? Cito literalmente: "El prodigioso desarrollo de la democracia del partido... la actividad organizativa del partido se ha extendido enormemente".

Y luego, por supuesto, para reforzar todo esto: cifras, cifras y más cifras. Y esto se decía en el momento en que había en los expedientes del Comité Central documentos que probaban la terrible desintegración

de los aparatos del partido y los Soviets, la extinción de todo control de las masas, la opresión horrible, persecuciones y un terror que jugaba con la vida y la existencia de militantes y obreros.

He aquí cómo caracteriza *Pravda* nuestra burocracia: “Elementos arribistas, hostiles, perezosos e incompetentes se empeñan en arrojar a los mejores inventores soviéticos más allá de las fronteras de la URSS. Si no se lanza un gran golpe contra estos elementos, con toda nuestra fuerza, nuestra determinación, nuestro coraje, etc...”

No obstante, conociendo nuestra burocracia, no me sorprendería escuchar hablar nuevamente del desarrollo “enorme” y “prodigioso” de la actividad de las masas y del partido, del trabajo organizativo del Comité Central implantando la democracia, etc.

Estoy persuadido de que la burocracia partidaria y soviética que hoy existe seguirá cultivando con el mismo éxito abscesos supurantes a su alrededor, a pesar de los ardientes procesos que han tenido lugar en el último mes. Esta burocracia no cambiará por el hecho de haberse sometido a una depuración. No niego, que quede bien claro, la utilidad relativa y la absoluta necesidad de esa depuración. Deseo señalar, simplemente, que no es sólo una cuestión de cambio personal, sino ante todo de cambio de métodos.

A mi juicio, la primera condición para devolverle a la dirección del partido la capacidad de ejer-

cer un papel educativo es reducir la importancia de las funciones de esa dirección. Tres cuartas partes del aparato deberían ser licenciadas. Las tareas del cuarto restante deberían tener límites estrictamente determinados. Un criterio análogo debería aplicarse a las tareas, a las funciones y a los derechos de los organismos centrales.

Los miembros del partido deben recobrar sus derechos, que han sido pisoteados, y obtener garantías seguras contra el despotismo de los círculos dirigentes que ya conocemos.

Es difícil imaginar lo que pasa en los niveles inferiores del partido. Es especialmente en la lucha contra la Oposición donde se ha puesto en evidencia la mediocridad ideológica de esos cuadros, así como la influencia corruptora que ejercen sobre las masas proletarias del partido. Si en las cumbres existe aún una cierta línea ideológica —una línea especiosa y errónea, mezclada, es verdad, con una fuerte dosis de mala fe—, en los niveles inferiores, en cambio, la demagogia más desenfadada se ha empleado contra la Oposición. Los agentes del partido no han vacilado en utilizar el antisemitismo, la xenofobia, el odio a los intelectuales, etc. Estoy persuadido de que toda reforma del partido que se apoye sobre la burocracia resultará utópica.

IX

Resumo: observando, como usted, la falta de espíritu de actividad revolucionaria en las masas del partido, no veo nada sorprendente en este fenómeno. Es el resultado de todos los cambios que han tenido lugar en el partido y en el proletariado mismo. Es necesario reeducar a las masas trabajadoras y a las masas del partido, en el cuadro del partido y de los sindicatos. Este proceso es largo y difícil, pero es inevitable; ya ha comenzado. Pese a no haber hecho mucho por la educación comunista de nuestro partido, la lucha de la Oposición, la lucha de centenares y centenares de camaradas, las detenciones y las deportaciones, tienen, en todo caso, más efecto que todo el aparato tomado en su conjunto. En el fondo, los dos factores no pueden compararse. El aparato ha despilfarrado el capital que Lenin le legó al partido, no solamente de una manera inútil sino también nociva. Ha demolido, mientras la Oposición construía.

Hasta ahora, he razonado por “abstracción”, a partir de los hechos de nuestra vida económica y política que han sido analizados en la Plataforma de la Oposición. Lo he hecho deliberadamente, pues mi tarea era señalar los cambios que se han producido en la composición y la psicología del proletariado y del partido en relación con la toma del poder misma. Estos hechos quizás han dado un carácter unilateral a mi exposición. Pero si no se emprende este análisis

preliminar, será difícil comprender el origen de los errores económicos y políticos de nuestra dirección en lo que concierne a los campesinos y los problemas de la industrialización, del régimen interior del partido y, finalmente, de la administración del Estado.

Astrakán, 6 de agosto de 1928.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra,** de Armando Bartra.
- 18. El principio,** de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila,** de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación,** de varios autores.
- 21. No hay virtud en el servilismo,** de Juan Hernández Luna.

22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
24. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
25. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
26. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
27. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
28. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
29. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
30. **El exilio rojo**. Antología literaria.
31. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
32. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
33. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
35. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
36. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
37. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
38. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
39. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
40. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
41. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
42. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.

43. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc.** Antología literaria.
44. **El bardo y el bandolero,** de Jacinto Barrera Bassols.
45. **Historia de una huelga,** de Francisco Pérez Arce.
46. **Hablar en tiempos oscuros,** de Bertold Brecht.
47. **Fraude 2012.** Antología varios autores.
48. **Inquilinos del DF,** de Paco Ignacio Taibo II.
49. **Folleto contra la Reforma Laboral,** de Jorge Fernández Souza.
50. **México indómito,** de Fabrizio Mejía Madrid.
51. **68: Gesta, fiesta y protesta,** de Humberto Musacchio.
52. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
53. **1968. El mayo de la revolución,** de Armando Bartra.
54. **3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
55. **El viejo y el horno,** de Eduardo Heras León.
56. **El mundo en los ojos de un ciego,** de Paco Ignacio Taibo II.
57. **Más libros, más libres,** de Huidobro (no descargable).
58. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial),** de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente,** de Erich Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida,** de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos,** de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos,** de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas,** de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl,**
de Marco Antonio Campos.
65. **Piedras rodantes,** de Jorge F. Hernández.
66. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX),** de José C. Valadés.
67. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano,** de Martí Batres.
68. **Rebeliones,** de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.

69. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
70. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
71. **Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
72. **En un descuido de lo imposible,** de Enrique González Rojo.
73. **Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
74. **Memorias Chilenas 1973,** de Marc Cooper.
75. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado.**
Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
76. **Lázaro Cárdenas: el poder moral,** de José C. Valadés.
77. **Canek,** de Ermilo Abreu.
78. **La línea dura,** de Gerardo de la Torre.
79. **San Isidro futbol,** de Pino Cacucci.
80. **Niña Mar,** de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
81. **Otras historias.** Antología.
82. **Tierra de Coyote.** Antología.
83. **El muro y el machete,** de Paco Ignacio Taibo II.
84. **Antología Literaria 2da feria en Neza.** Varios autores.
85. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana,**
de Pedro Salmerón.
86. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX,** de
Paco Ignacio Taibo II.
87. **Topolobampo,** de José C. Valadés.
88. **De golpe.** Antología.
89. **Sobre la luz. Poesía militante,** de Óscar de Pablo.
90. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas,** de Luis Hernández Navarro.
91. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora,** de Mario Gill.
92. **Memorias de Zapatilla,** de Guillermo Prieto.
93. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible,**
de Jesús Vargas Valdés.
94. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza,**
de Patricia Galeana.
95. **Espartaco,** de Howard Fast.

- 96. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1).**
Antología literaria.
- 97. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2).**
Antología literaria.
- 98. Los hombres de Panfilov,** de Alejandro Bek.
- 99. Diez días que conmovieron al mundo,** de John Reed.
- 100. Vietnam heroica.** Varios autores.
- 101. Operación masacre,** de Rodolfo Walsh (no descargable).
- 102. Cananea,** de Arturo Cano.
- 103. Guerrero bronco,** de Armando Bartra.
- 104. Misterios de seis a doce,** de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
- 105. La descendencia del mayor Julio Novoa,**
de Gerardo de la Torre.
- 106. Otras miradas.** Varios autores.
- 107. Relatos de impunidad,** de Lorena Amkie.
- 108. No sabe a mermelada,** de Carlos Ímaz.
- 109. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965,** de Ricardo Pozas Horcasitas.
- 110. Ciudad Cenzontle,** de José Alfonso Suárez del Real.
- 111. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México.** Varios autores.
- 112. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo,** de los Hermanos Cerezo.
- 113. El pueblo es inmortal,** de Vassili Grossman.
- 114. Dos historias,** de Horacio Altuna (no descargable).
- 115. Tierra negra 2. Cómico** (no descargable).
- 116. El estilo Holtz,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 117. Julio César Mondragón.** Varios autores.
- 118. Abrapalabra,** de Luis Britto.
- 119. Los 43 de Ayotzinapa,** de Federico Mastrogiovanni.
- 120. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica,** de Armando Bartra.
- 121. Asesinato en la Cuesta de los millonarios,** de Gisbert Haefs.
- 122. Terraza Marlowe,** de Bruno Arpaia.

123. **Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
124. **La gran marcha. Reminiscencias**. Varios autores.
125. **Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
126. **El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.
127. **Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.
128. **El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
129. **El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
130. **La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
131. **Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
132. **Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
133. **La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
134. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
135. **La novena ola magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
136. **Banana Gold**, de Carleton Beals.
137. **Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
138. **La jungla**, de Upton Sinclair.
139. **La huelga que vivimos**, de Francisco Pérez Arce.
140. **Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.
141. **Queremos todo**, de Nanni Balestrini.
142. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle.
143. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez.
144. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
145. **Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores (no descargable)
146. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
147. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
148. **CEU**, de Martí Batres.
149. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
150. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
151. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
152. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.

153. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
154. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
155. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
156. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
157. **Antología de cuentos**, de Raúl Argemí.
158. **Benita**, de Benita Galeana.
159. **Antología de cuentos**, de Juan Miguel Aguilera y Luis Britto.
160. **La ciudad, la otra**, de Raúl Bautista González, Súper Barrio.
161. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
162. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
163. **1905**, de León Trotsky.
164. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
165. **¿Qué hacer antes y después del sismo?**
166. **Romper el silencio**, varios autores.
167. **Break the silence**, varios autores.
168. **Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
169. **Los que deben morir**, de F. Mond.
170. **La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.
171. **Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
172. **Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
173. **Historias sorprendentes**, varios autores.
174. **La revolución magonista. Cronología narrativa**, de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
175. **Las bolcheviques**, de Óscar de Pablo.
176. **Cartucho**, de Nellie Campobello.
177. **Cuadernos desde la cárcel**, de Ho Chi Minh.
178. **La frontera**, de Patrick Bard.
179. **La Gran Revolución Francesa (Tomo I)**, de Piotr Kropotkin.
180. **La Gran Revolución Francesa (Tomo 2)**, de Piotr Kropotkin.

181. **No digas que es prieto, di que está mal envuelto**, de Fabrizio Mejía Madrid.
182. **El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68**, de Tariq Ali.
183. **Vidas exageradas**, de José Manuel Fajardo.
184. **La desaparición de la nieve**, de Manuel Rivas.
185. **Derrotas que hacen historia. La Comuna de París**, de Armando Bartra.
186. **Los nuevos herederos de Zapata**, de Armando Bartra.
187. **Aquí manda la escoba**, de Óscar de Pablo.
188. **En la guerra de España**, de André Malraux.
189. **Las nuevas luchas campesinas**, de Armando Bartra.
190. **Su hogar es el mundo entero**, de Óscar de Pablo.
191. **Nuestro Gato Culto**, de Paco Ignacio Taibo I.
192. **Tina Modotti**, de Ángel de la Calle.
193. **El principio, los primeros cuatro meses**, de Armando Bartra.
194. **Una juventud en Alemania**, de Ernst Toller.
195. **Consuelo Uranga. La Roja**, de Jesús Vargas.
196. **Los peligros profesionales del poder**, de Kristian Rakovsky.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com